

La matanza de los inocentes

LUIS G. DE RIVERA

Un joven armado penetra en una clase para niños de alto nivel. Uno de ellos se acerca confiado y enseguida retrocede con el miedo temblando en su figura. Estamos en la saga de la *Guerra de las Galaxias*, cuando Anakin Skywalker, seducido por el Lado Oscuro, decide acabar de raíz con su antigua Orden. No se ven más detalles, pero lo que podemos imaginar acaba de ocurrir en la escuela primaria de Newtown. La ficción y la realidad se entremezclan.

Un superdotado asesina a 20 niños a tiro limpio, en la misma escuela donde estudió de pequeño. Adam Lanza es descrito como tímido, muy tímido, y también como inteligente, muy inteligente. Es normal que no se sepa mucho sobre él, porque los tímidos suelen pasar inadvertidos, sobre todo si su inteligencia les ayuda a encerrarse en el estudio de complejas tareas intelectuales. ¿Qué pudo pasar para que ahora llame la atención de esta terrible manera? Y, sobre todo, ¿qué le hizo odiar tanto a sus raíces, a los niños de su pueblo, a los alumnos de la misma clase en la que él estudió de pequeño?

Estas inquietudes no se aclaran invocando diagnósticos psiquiátricos, aunque si es verdad que nos aliviaría mucho conocer al-

teorizar. ¿Fue víctima de acoso escolar y ahora, 15 años más tarde, decide tomarse venganza? ¿Pensaba que su madre, maestra, prefería ocuparse de otros niños en su trabajo que de su propio hijo? Mientras intentamos aclarar la psicología de Lanza, nos podemos dar cuenta de nuestra propia necesidad de encontrar algún sentido al absurdo. Cualquiera que sea la explicación, será mejor que no poder entender lo que pasó. Incluso si la única explicación es que existen enfermedades que obligan a los humanos a cometer actos sin sentido. Y este trabajo es el que están haciendo ahora mismo los niños supervivientes, los familiares de los fallecidos, sus parientes, amigos y conocidos, Norteamérica entera.

Comprender lo incomprensible es el primer paso para superar el horror. Ni el mismo Obama encontraba palabras. Sus 11 segundos de silencio ante las cámaras, cuando transmitía al país la noticia harán historia. Es el tiempo mínimo que tarda un cerebro en procesar un trauma, cuando lo procesa. Normalmente, tarda mucho más. A veces no lo consigue nunca.

El trastorno por estrés traumático se inicia en la reacción inmediata ante una tragedia y tiende a convertirse en una enfermedad crónica. Los *flashbacks* y recuerdos obsesivos de lo vivido dejan paso a pesadillas de contenido demasiado evidente, eso durante el tiempo que el superviviente duerme, que no suele ser mucho. Alarmantes

síntomas que, sin embargo, no son expresión de la herida psíquica producida por el trauma, sino de los esfuerzos naturales por cicatrizarla. Por eso, poder contar la experiencia a un terapeuta compasivo se ha considerado siempre una parte esencial de su tratamiento.

Pero es necesario ser cautos. Todo lo que sea recordar la experiencia traumática en situaciones de estrés y ansiedad puede agravar sus efectos. La terapia debe empezar siempre por el entrenamiento de la capacidad fisiológica de mantener la calma, algo que es imposible para quien no sabe cómo hacerlo, difícil para quien comienza a aprender la técnica y tan sencillo como caminar para los alumnos aventajados.

Luis G. de Rivera es Catedrático de Psiquiatría y autor de los libros 'Crisis emocionales', 'Síndromes de estrés' y 'El maltrato psicológico'.

Todo lo que sea recordar la experiencia traumática puede agravar sus efectos

gún indicio que permita detectar a estos sujetos antes de que actúen. Porque el caso de Lanza no es único. Casi podríamos decir que es uno más de lo que ya empieza a parecer una epidemia: la matanza sistemática de seres inocentes e indefensos.

Quizá su culpa no está en lo que son, sino en lo que representan. Los futuros *Jedi* serían en algunos años un impedimento para los malvados planes del pérfido *Emperador Galáctico*. Los Santos Inocentes, al menos uno de ellos, eran una profética amenaza para el trono del estúpido de Herodes. ¿Qué eran los niños de Newtown para Lanza? No creo que lo sepamos nunca, pero podemos



Una vecina de Connecticut deposita unas flores y una vela en recuerdo de las víctimas de la masacre en la escuela infantil. / AFP

Las armas de fuego impiden tiroteos

DANIEL GREENFIELD

América vive el segundo peor tiroteo de su historia y como de costumbre llegan los llamamientos al control de armas. No es ninguna coincidencia que hayamos registrado unos cuantos tiroteos en tan poco tiempo. La generosa cobertura por parte de los medios convencionales alienta a los dementes a pensar que se van a hacer famosos si salen a la calle y matan. Y es justamente lo que pasa.

Nuestros homicidas son criaturas de los medios convencionales, no de la Asociación Nacional del Rifle. Los medios de comunicación convierten a los asesinos en famosos y a continuación advierten de que la única forma de impedir que haya más tiroteos es controlando estrictamente las armas de fuego.

Pero ninguna cobertura mediática ha detenido nunca a un hombre con un arma de fuego. La cobertura sólo le anima. Para im-

pedir un disparo hace falta un arma. Ésa es la dura realidad de la vida. Es la razón de que exista la Segunda Enmienda, de que exista el Ejército y las fuerzas de orden público, y de que la gente tenga armas de fuego.

No hay ninguna vuelta a un momento idílico anterior a que la gente tuviera armas de fuego. No hay ninguna vuelta a un tiempo en el que no existía la violencia. Sólo existe la realidad de que hay asesinos por la calle, y de que podemos defendernos de ellos o consolarnos en la indignación vacía.

Las armas de fuego impiden tiroteos. No siempre y no en todos los casos, pero lo hacen. El control de armas no. La cobertura de los medios convencionales que pide el control de las armas de fuego no impide los tiroteos.

En el Reino Unido, que tiene unas estrictas leyes de control de armas de fuego, la

delincuencia armada ha subido un 35%. Y Europa ha registrado unos cuantos tiroteos en centros escolares. Las cifras demuestran que el número de crímenes que implican armas de fuego se ha multiplicado por más de dos desde la aprobación de las leyes que prohíben las armas de fuego tras el episodio de Dunblane: desde 2.636 delitos en 1997-1998 hasta los 5.871 actuales.

Thomas Hamilton mató a 16 menores en la masacre de Dunblane utilizando cuatro pistolas en 1996. En Alemania, en el tiroteo de Winnenden en 2009, Tim Kretschmer asesinó a 16 personas, nueve estudiantes incluidos. En la masacre de Erfurt en 2002, Robert Steinhäuser mató a 16 personas con un rifle y una pistola. En Finlandia, en la masacre de la escuela de Jokela en 2007, Pekka-Eric Auvinen mató a ocho personas.

En el tiroteo de Kauhajoki, Matti Juhani Saari mató a 10. Los medios simulan que esta clase de cosas sólo pasan en América. No sólo pasan en América. Pasan allí donde se registran muertos.

El control de armas no tiene que ver con poner fin a los horrores, tiene que ver con controlar a la gente. Y la gente acostumbrada a ser controlada tiene todavía menos posibilidades de hacer frente a lo incontrolado.

Los reguladores piensan en el panorama general, pero no lo hacen en el individuo. Únicamente piensan en controlar a la gente a través de las leyes. Pero, por definición, un trastornado armado no sigue las leyes. Se trata de personas que han abandonado el sistema y a los que sus ordenanzas públicas les importan un comino. Quien matar y encuentran la forma. Y en cuanto aparecen, la única forma de impedirles disparar es un arma de fuego.

Daniel Greenfield ocupa la Cátedra Shillman de periodismo. Es periodista y vive en Nueva York.